

CUARTA CONFERENCIA

EL DISCRETO

por

Don Francisco de Paula Ferrer,

Bibliotecario de la Universidad de Zaragoza.

EL DISCRETO

SUMARIO

Plan de esta obra y su finalidad pedagógica. — Articulación de las lecturas del «Oráculo», «El Discreto» y «El Héroe». (Obras publicadas entre 1637 y 1647). — Genio e Ingenio, según Gracián: las extravagancias del Genio: Lombroso y Rodín: las normas de Gracián. — Los climas espirituales. — La mayor ventura: «sortear alma bvena». — El fantasma del Príncipe Baltasar Carlos, pasa. — El Señorío y el trabajo personal. — «La audacia discreta», de Gracián y la idea de ascendiente moral en Emerson. — «El Hombre de plausibles noticias» y una Didáctica de la Prensa. — Los amigos de Gracián: Lastanosa, Andrés de Uztároz y Salinas: Platón vencido por Cristo. — Referencia al «Cuento de las Esmeraldas del Indiano» y al «Elogio de Grecia». — El regío conjunto de los tres últimos capítulos de «El Discreto». El capítulo «Culta repartición de la vida de un discreto». — El «Arte para ser dichoso»: fundamento católico de la Felicidad en la Virtud. — Corolario.



EXCMO. SR.:

SEÑORES:

Poniendo siempre por encima de toda otra producción gracianista, el pensamiento vastísimo y trascendental y los grandes aciertos de forma de “El Criticón”; el valor ideológico y poético de la “Agudeza y Arte de ingenio”, y otros lugares de nuestro autor dilecto, es acaso “El Discreto” aquella obra de Gracián en que resplandece con más puros y delicados destellos su ingenio aragonés de buena cepa, reflexivo y sereno, pero sobre un caudal inmenso de amor.

Voy a ofreceros en esta conferencia unas interpretaciones sobre motivos de “El Discreto”, sin la pretensión de agotar la materia, porque es peculiar excelencia de los grandes ingenios atesorar una copiosa riqueza de ideas y diversidad de acepciones o sentidos; y así, cada día pueden descubrirse en ellos nuevas bellezas.

El plan seguido en este libro (del cual se publicaron dos ediciones en Huesca, en 1646, a costa y con un prólogo de Lastanosa y dedicadas al malogrado Príncipe D. Baltasar Carlos), revela un sentido extraordinario de la proporción y de la medida. Sabiamente reparte el autor los asuntos en veinticinco Realces o Capítulos, entendiéndose por *Realces*, según se colige por el texto, las prendas o dotes que constituyen y avaloran a las personas discretas. Hemos visto en las conferencias de “El Comulgatorio” y de “El Político Don Fernando el Católico”, en la primera, cómo ha de prepararse y practicar el hombre el acto más sagrado del culto religioso; y en la segunda la encarnación más eminente de la Política en un Rey ejemplar. Pero el plan general de Baltasar Gracián es,

como hace notar en mi concepto muy atinadamente Navarro Ledesma, formar el varón perfecto (“el varón acabado”—dice Cejador—es igual), abordar las grandes direcciones en que discurre y se extiende la vida humana; y en este sentido, concibe otras dos obras, que merecen una singular atención en el estudio de la producción total del escritor belmontense: me refiero a “El Discreto” y “El Héroe”, obras que, para los que lean con constancia a este escritor, constituyen como dos columnas, no decorativas, sino (lo que deben ser las columnas) imprescindibles para la construcción de la obra completa y conjunta.

Si ensayáramos un examen de los realces o capítulos que en el pensamiento del insigne polígrafo ofrecen algunas conexiones, pudiéramos agrupar algunos de ellos que ya Gracián definió como análogos: por ejemplo, la forma epistolar relaciona el capítulo titulado “El Hombre de todas Horas”, con los que se denominan “Hombre de buen dexo” y “De el modo, y agrado”; los que definió como sátiras, como el capítulo “No ser maravilla”, con el que subtuló “invectiva” y “satiricón”; de un lado los “diálogos” (*¡los magníficos diálogos!*); de otro, las fábulas y apólogos; y de otro los encomios, panegiris y apologías; todos esos grupos con su correspondiente parentesco espiritual, porque los títulos y subtítulos no son en estas obras, cuyo recuerdo y admiración nos congrega, un mero accidente, sino que responden substancialmente al contenido que expresan. Y si intentásemos recorrer otros curiosos aspectos de “El Discreto”, pudiéramos también hacer mención de lo que llamaré “las Personificaciones”; así, como prototipo del “Señor en el dezir, y en el hazer” alza a D. Fernando de Borja; del “Hombre de espera” al “gran Triunfador de Reyes Carlos Quinto”, *el cofundador de nuestra amadísima Universidad*; del “Hombre de plausibles noticias”, al Marqués de Colares Don Jerónimo de Atayde; de firmeza, a los Duques de Gandía Don Francisco de Borja y Doña Artemisa de Oria y Colona; del “Hombre de todas horas”, al conde de Lemos; del realce “Tener buenos repentes” al Duque de Nochera, Don Francisco María Carrafa; de “la Cultura, y aliño” al ilustre Conde de Oropesa, Don Duarte Fernando Alvarez de Toledo; *et sic de coeteris*.

Pero en verdad os digo que he preferido llevar estas curiosidades especulativas por muy otros derroteros: más que la riquísima erudición que la obra encierra, ha ganado mi interés en esta lectura el poder hallar alguna vez *lo que puso el autor de su alma*

en cada capítulo, lo que hace la obra más preciosa y humana, aquello en que Baltasar Gracián contribuyó en más alto grado a mejorar la sensibilidad y el intelecto de todos los hombres, y hacerlos más capaces de vivir un día en la Ciudad de Dios, a la que todos fervorosamente aspiramos.

Por esto, yo propongo a vuestra consideración la finalidad pedagógica—pedagógica, por definición—de esta hermosa producción de Gracián, y el aliento de enseñar y de pulir el espíritu humano que anima todas las páginas de “El Discreto”, como carácter siempre sostenido y razón constante del intenso cariño que en nosotros causa.

* * *

Pero esta lectura de “El Discreto”, *no debe ser independiente ni aislada*. Hay libros que no puede uno imaginarlos solitarios: yo tengo precisamente por uno de estos libros peregrinos y hechiceros “*El Discreto*”. Es un libro expansivo, comunicativo, todo en él pide ser comunicado, y como ofrecido a guisa de presente o regalo; todo en él va a ser comentado apenas leído; éste es un amable libro para círculos de inteligentes; busca la sociedad de las personas cultas; es un libro social, en el concepto más estricto pero también más elevado de la palabra. Todo él tiende los brazos hacia dondequiera que haya calor de humanidad, y nos quiere hacer aptos para la ventura en este valle de lágrimas, en esta tierra que destierra nuestra alma de su atmósfera propia, y es camino áspero para una vida mejor. No contento con darnos, en 1637, “El Héroe”, y en 1646 la obra que hoy elogiamos, al año siguiente facilita que se publique, también en Huesca (1), el “Oráculo manual y arte de prudencia”, en el cual el inteligente prócer oscense resume muchos pensamientos esparcidos en sus escritos, creando para nosotros, *el mejor amigo, un buen libro*, un compañero para la casa y para el campo, que en la hora crítica de un pesar, nos dará un consejo eficaz y en todo momento luz y esperanza (que éste es el positivo y grande valor del “Oráculo”). La lectura de “El Discreto”, yo entiendo que debe simultanearse o combinarse con la del “Oráculo”, porque son obras que se completan. En el

(1) Por su amigo Lastanosa, como nos probará el señor Del Arco.

“Oráculo” puede verse, en forma más compendiada, lo que más *in extenso* se desarrolla y dilucida en “El Discreto” (junto con elementos de otras producciones del Belmontino). Se puede (por dar una idea de esta distribución, meditada y calculada, de lecturas), consagrar, por ejemplo, un rato de la mañana, a “El Discreto”, y por la tarde (mejor dicho, a prima noche, a aquella hora en que, un poco fatigados nuestros miembros del paseo por el campo, es sabroso y deliciosamente íntimo encender nuestra patriarcal y doméstica *lámpara de aceite*, y recogerse, en algo siquiera, del bullicio mundano, para entregarse a la lectura y a la meditación), coger este grato amigo tan fiel, este “Oráculo” que solo tiene un poco sibilino el nombre, y comparar con la lectura matinal. Y como lección dormida es lección sabida, se puede a la mañana siguiente con notorio fruto insistir y profundizar en el dicho cotejo, y éste será el modo de dominar y gozarse en los textos gracianescos, siempre prudentemente aleccionados. *Y aun esto no es todo.*

Nuestro Gracián, conocedor del hombre, sabedor de que no a todos hay que hablarles lo mismo, siendo como son sus capacidades diversas, había dado en este propio decenio comprensivo de estas tres creaciones magistrales (1637-1647), su sinfonía de primores bautizada con el título de “El Héroe”, verdadero breviario del hombre extraordinario y excepcional, del que sintiéndose extraño del *profanum vulgus*, siente en el fondo de su alma ese germen indefinible de las grandes actuaciones en la Vida, en la Ciencia y en el Arte.

En un sistema de lecturas cíclicas completas del insigne jesuíta aragonés, la de “El Héroe” debe orgánicamente seguir a la de “El Discreto” y el “Oráculo”; y aparte de aquel genial lector que avaramente busque en una sola o en dos de ellas la pragmática de sus actos, el que con tiempo dilatado y dejando reposar lo que lea, ensaye este procedimiento (que sólo por vía de curiosidad he indicado), acaso tendrá la exacta y mejor encuadrada visión de las normas que, deleitando, hay que dictar a los hombres más instruidos y mesurados, de una parte, a los más esforzados y heroicos, de otra.

* * *

Abre este tratado con el elogio o disertación crítico-filosófica del “Genio, y el Ingenio”, piedras angulares de lo que él apellida

“el lucimiento discreto”. Pero no creáis que se entrega a una pura abstracción, partiendo secamente las dos cualidades y aposentándolas sistemáticamente cada una en individuos diferentes; ni aun, como luego han hecho los retóricos (empleo esta palabra con toda la deferencia que merece), presentándolas como grados diferentes del talento o del Buen Gusto. *El camino que emprende Gracián, como cumple a este prócer de la Inteligencia, es muy otro.* No abandona las lecciones reales de la Vida, a las cuales él siempre está tan atento. Admite el hecho innegable de estar “barajados” el Genio y el Ingenio en individuos que él califica de monstruos. Compara el Ingenio con el Sol. “Por eso fingieron à Apolo—exclama—Dios de la Discreción”. Hace consistir el ser más o menos persona en el entendimiento y discurso, sentando que por ellos el hombre es superior a los irracionales, y los espíritus angélicos al animal racional, que es la buena doctrina. Y completando este raciocinio, apunta el menoscabo que supone la pérdida de cualquiera de los sentidos corporales en el hombre, deduciendo el quebranto, incomparablemente mayor, que arguye la falta—para decirlo con sus mismas palabras—de “un grado en el concebir, y vna ventaja en el discurrir”. Agudamente declara que existe en algunas ocasiones tanta diferencia de un hombre a otro, como de un hombre a un bruto; y después de reproducir, contra los estúpidos la clásica escena de la zorra—él, más latino que nosotros la llama “vulpeja”, de vulpis, latinismo que también conservan en algunas comarcas los rústicos labios—; después de esgrimir, como afilada hoja, contra los necios, la antigua fábula de la zorra y el busto, diestramente coge el gran escritor el gesto moral de los que callan mucho, y dice: “ni se contenta el silencio con desmentir lo falto, sino que lo equivoca en misterioso”. Y esto realmente está muy bien observado; y al hablar así, prueba el autor que ya va entrando en la materia de su obra, porque, discreción es hablar poco, y muchos hombres han existido—esto se guarda en los archivos de la memoria de todos—que sin grandes talentos han sabido granjearse fama y nombradía por este arte—fácil o difícil, como gustéis—de callar a tiempo, o de callar mucho y bien: *artistas del silencio*, de las entradas concisas en la general conversación, y de las salidas a tiempo y sazón debida, cogiendo el sombrero cuando es menester. (Ahora recuerdo que el título de la obra de Gómez Hermosilla “Arte de hablar en prosa y verso” ha sido burlado y contrahecho en este otro: “Arte de callar en prosa y verso”, aun-

que entiendo que a la cola del callar, sobraba el “en prosa y verso” de la parodia).

* * *

Recomienda después nuestro Gracián que el Genio no sea extravagante, lo que suele llamarse entre nosotros “extraordinario” —“ese es algo extraordinario”, “ese es un extraordinario”, acostumbramos a decir—y no advertimos, poco celosos de la propiedad de lenguaje, que, pretendiendo volcar una sarcástica censura sobre nuestro prójimo, hacemos de él un perfecto bombo.—La esencia del Genio es algo que escapa a la percepción del común de las gentes, que harto hacen con recibir sus resplandores, y con sentirle, ya que no comprenderle, en sus obras o en parte de ellas. Además, porque de hombres de gran talento han salido los más estupendos errores, se explica aquella parte de la ciencia de los antropólogos italianos que, llevando demasiado lejos las consecuencias de sus métodos experimentales, trataron en vano de asesinar *el Espiritualismo, del cual nos enorgullecemos*, arrojando sobre el Genio (y el Genio es Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Carlyle) el horrible cepo de la Locura; y queriendo juzgar algunas innegables rarezas de los grandes hombres con una *vulgar medida, que no les es aplicable*, ni por asomo. Sosegadamente, inapelablemente, un hombre de genio ha contestado, y vamos a ver con qué ecuánime sobriedad. La escritora Judith Cladel, en su hermosa monografía “Auguste Rodin: L’oeuvre et l’homme”, reproduce algunos interesantísimos diálogos sostenidos con este fantástico transformador de la escultura francesa contemporánea, considerado ya unánimemente por todos los inteligentes en el Arte de Fidias y Miguel Angel como verdadero genio. Y en uno de ellos dice, con la diáfana simplicidad de las verdades grandes: “La conception de Lombroso est absolument fausse; le genie est l’ordre même, la concentration des facultés de mesure, d’équilibre”. La réplica es breve, contundente, y no tiene vuelta de hoja. ¿Qué desequilibrado puede crear la Novena Sinfonía, el Quijote, la Catedral de Colonia, el Moisés de Miguel Angel o las Madonas de Rafael? Ante estas axiomáticas afirmaciones de Belleza, huyan para siempre corridos Lombroso y sus satélites; y por lo mismo, en los Museos y en las Bibliotecas, se apagan todos los fuegos de la antropología materialista.

Ahora bien: ved qué magistralmente explica nuestro autor la condición del Genio, abarcando todo el compuesto humano, alma y cuerpo, *porque ve claro*: “Nace de vna sublime naturaleza”, favorecida en todo de sus causas: supone la sazón del temperamento, para la mayor alteza de ánimo [o sea, el equilibrio de lo físico y lo psíquico]: débeselé la propensión á los bizarros asuntos: la elección de los gloriosos empleos.....”, afirmando más abajo, en prueba de que *la limitación de facultades no es un demérito*, que “No es vn Genio para todos los empleos”. Y esto lo aplica también al Ingenio, diciendo: “ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar”. El conocimiento de la vida que supone la concreción de estas máximas es enorme. ¡Filósofo humanísimo, tu propia vida se trasluce por debajo de esas líneas, y también la elegancia soberana con que superabas y vencías lo que Cánovas del Castillo denominaba las “impurezas de la realidad!”.

* * *

Recuerda el autor al Discreto, *lo primero, el γνωθι σε αυτον* o *nosce te ipsum*, para, una vez logrado, no apartarse jamás de lo que dicte e imponga *la prudencia* (1). Conviene asimismo al Discreto el acierto en la residencia. Y en verdad que es cierto que *hay climas espirituales*, esto es, países que a unos caracteres les van bien, y a otros les son fatales. No todos están bien en Roma, en Corinto, o en Madrid (son las ciudades que nombra Gracián), “ni los Varones sabios se hallan entre el Cortesano bullicio” [esto acaso explica que Gracián no fuese a vivir definitivamente en la Corte, en la cual era tan estimado]. Aun suponiendo un hombre de Genio o de Ingenio, que se pudiese encontrar bien en muy diferentes lugares del globo, no habría posibilidad de que se acomodase a todos los climas en lo físico, a todas las costumbres en lo moral. Lo que puede hacerse—y esta es glosa que nos sugiere la lectura de “El Discreto”—es buscar el modo de aclimatarse en todos los órdenes al lugar fijado; y en cuanto a lo espiritual en especial, *que es verdaderamente lo que tiene más capital importancia*, será bueno seguir el consejo latino: “Si Roma eris, romano vívito

(1) Notad cómo esta Virtud va avalorando los capítulos de la obra, ya desde un principio.

more". Realza Gracián lo hermoso que es vivir en la ciudad que uno mismo ha elegido.

Y respecto a qué se ha de apreciar como mayor bien, si el Genio o el Ingenio, nuestro autor no decide la cuestión en la estrechez de elegir entre uno u otro. Su constante espiritualismo se remonta a la solución del verdadero cristiano, *haciendo consistir la más cierta dicha en "sortear alma buena"*. ¿Concebís que pueda haber epicureísmo en un espíritu que tan repetidas pruebas nos va dando de la pureza de su cristianismo; y que, si algo, y mucho, aprovecha de la cultura clásica (de cuyos autores ha hecho tan copiosa lectura), va derechamente al platonismo que le ha de suministrar los mejores materiales de sus obras?

Y cosa inesperada, pero no extraña, dada la compenetración del artista con la corte de Felipe IV: el fantasma del Príncipe Don Baltasar Carlos, pasa. Pasa de nuevo por estas páginas, como había ilustrado las de "El Político", y el escritor pone sobre sus infantiles sienes, que pronto ensombrecerá la muerte, una corona de alabanzas, en que, con otras cosas, escribe: "O gloriosas esperanças, que en tan florida Primavera nos ofrecen Católico Julio de valor, y aun Augusto de felicidad".

* * *

Pasamos a ocuparnos del Realce titulado "Del Señor en el dezir, y en el hazer", de este "Discvrso académico", en el cual diserta Baltasar Gracián sobre uno de los puntos más importantes en las democracias normales y bien organizadas: el fundamento legítimo del Señorío—del *ser dignamente señor*, que debiera ser la honrada aspiración de los innumerables individuos que hoy pretenden ser señores.

Comprenderéis, buenos oyentes, que consagre a este capítulo o Realce una atención mayor que a otros.

Empieza con un párrafo helenista, en que nombra a Hesiodo, a Pandora (la de la célebre Caja), a Palas Atenea, Venus, Mercurio, Marte y Júpiter. Pero es, señores, para manifestar que no dan los dioses, esto es, ninguna fuerza sobrenatural, "el Magestuoso señorío", la superioridad y el despejo o desembarazo, *no*. Hay que ganarse el prestigio y hay que poner en juego las facul-

tades que poseemos. O sea, el Señorío o superioridad legítima de alguno sobre los demás, reconocida por éstos y en ordenada función de eficacia vital, se funda en *el trabajo personal*. Aquí véis confirmado una vez más que Gracián es un hombre moderno.—Después, desarrollando espléndidamente la idea madre de este capítulo, establece la grandiosa división de los encogidos—y los soberbios presuntuosos. Los primeros son los que tienen que hacer a otros procuradores suyos, a veces hasta en las cosas más pequeñas. Tómalos Gracián a risa. Y los compara con los que no se arrojan al mar, si no se ponen calabazas: él usa un circunloquio muy majo: en vez de calabazas, pone: “aquellos instrumentos, que comúnmente tienen de viento, lo que les falta de sustancia”. Gracioso, y que perdonen esos menores. Esto, por lo que toca a los timoratos.—Punto y aparte, y la emprende con los jactanciosos. “Muy casados con sus dictámenes”—dice—y también a éstos los toma a risa, más quizá que a los otros: dice, que se enamoran “de sus discursos, como hijos más amados, quanto más feos”, y añade que suelen vivir muy satisfechos, y muchos años, porque, al contentarse nada más con la opinión que ellos mismos se forjaron sobre sí propios, atraparon, claro es, “vna simplísima felicidad”. (Pág. 343).

Y va enseguida al justo medio, a lo que él llama “vna audacia discreta”—y *tocamos ya la médula de este Realce*—. La percepción—según el autor—depende del desembarazo (ausencia de necio temor).

¿Es esta “la confianza en sí mismo” que preconiza el filósofo nacional de los Estados Unidos, Ralph Wald Emerson? (Hay que mirar, en los términos de comparación con Gracián, a escritores de gran talla, porque, para encontrar filósofos de su temple, en el sector que nosotros podemos estudiar mejor, de él para acá, de él hasta nuestros días (de su temple y de su tónica), hay que alcanzar a los pensadores representativos, a los profundos, de las naciones en viril apogeo intelectual: Alemania, Inglaterra, Estados Unidos de Norte-América.....) Pues, bien: la magnífica independencia espiritual de Emerson, le hacen particularmente apto para parangonar ciertos pasajes de su obra total con otros determinados de nuestro Gracián. Del repertorio emersoniano, integrado por sus obras “Natura”, las dos series de “Ensayos”, publicadas en 1841 y 1844, los “Poemas”, las “Misceláneas”, los “Hombres simbólicos”, los “Perfiles ingleses”, el “Día

de Mayo y otros opúsculos”, “Sociedad y Soledad”, “Cartas y objetivos sociales”, y su preciosa correspondencia con el retraído Tomás Carlyle (amistad que recuerda aquella otra imperecedera de Goethe y Schiller)—de toda esta magna construcción intelectual, en que se mira satisfecho un pueblo vigoroso, nosotros vamos a fijarnos brevisísimamente en los Ensayos, que son: “La confianza en sí mismo”, “La Historia”, “La Compensación”, “Las Leyes espirituales”, “El Amor”, “La Amistad”, “El Heroísmo”, “La Super-Alma” (esto sugiere el Super-Hombre, cuya moda ha cesado), “Círculos”, “El Arte”, “El Intelecto”..... De estos Ensayos, el que ofrece reales conexiones con el Realce o cualidad del Hombre Discreto que estamos investigando es “La Confianza en sí mismo”, y por eso entendemos y juzgamos atrayente y pertinente, venir a interrogar, entre Gracián y Emerson: ¿Qué relación de analogía o de diferencia, cabrá establecer entre ambas concepciones del hombre que sojuzga a los demás, erigiéndose en indiscutida autoridad? Hemos visto la conclusión a que llega Gracián: cifra la razón de ese señorío moral, de esa superioridad, en “vna audacia discreta”, pero con este complemento: “muy assistida de la dicha”: en total: “vna audacia discreta, muy assistida de la dicha”. Leamos a Emerson en su aludido ensayo—“La confianza en sí mismo”—y veremos que quiere él que esa seguridad o despejo (el equivalente de la “audacia discreta”) provenga de una convicción muy fuerte. “Creer en tu propio pensamiento, creer que lo que es cierto para tí en lo íntimo de tu corazón, es cierto para todos los hombres”—esta es la verdadera fuerza del hombre superior, del señor *per se*, y no *per accidens*. Enseña además Emerson que aceptemos el lugar que la Divina Providencia nos ha señalado, la Sociedad de nuestros contemporáneos, la sucesión de los hechos; y esto, confiando “infantilmente en el genio de nuestra época”. Y para acabar de exponer sus ideas, emplea esta imagen: “La despreocupación de los muchachos que están seguros de un convite y desdeñan con dignidad de señores el hacer o el decir nada para ganárselo [pero, ganándose en realidad con todas sus acciones], es la actitud sana de la naturaleza humana”. Gracián va a parar a idéntico resultado en su “Corona de la Discreción” cuando pone en boca de la Verdad, que la Reina de las cualidades del Discreto es la Entereza.

Como habréis observado, aunque la adhesión al principio de señorío espiritual, enérgico y categórico, es la misma en el anglo-

americano y en el español, el camino, la metodología es muy otra. En Gracián, todo medida y ponderación, y si hay excepciones, valdrán para confirmar la regla: es un español del siglo XVII: nuestra raza había corrido medio mundo, Cataluña y Aragón, como reza un viejo dicho castellano: estaba asomado a la ventana de la decadencia, si bien todavía bajo un sol de grandeza: y estaba colosalmente nutrido de clásicos griegos y latinos, principalmente filósofos: había visto el mar de Cosetania, la huerta de Valencia y el vergel ilerdense; y se había sentado a la mesa del rey, del Gran Filipo, como le llamaban los cortesanos: no era tiempo de crear ni de fundar, como en el del Rey Católico.....

Y Emerson, que es en lo religioso tan místico o más que Gracián, es el filósofo de un pueblo que, a la sazón, aun tiene mucho que hacer; *de un pueblo que aun tiene que conquistarse, en aquel entonces, su puesto en el banquete de la vida universal*; y es todo impetuosidad, y afán de apostolado elevadísimo, no menos que de provecho cívico para su República joven: siente sobre sus hombros *la carga de la responsabilidad* de ser uno de los hombres que están formando *el alma de los Estados Unidos* como nación, que están labrando la constitución ideal, sin la cual la otra, la política, nada es. Gracián, en cambio, había de producirse muy diferentemente; y muy al contrario de Emerson (que cuida de no personificar en nadie su inflamado razonar), pone como modelo de señorío, despejo y bizarría, a aquel gran señor, de todos unánimemente reverenciado, que fué Don Fernando de Borja, de la casa y familia del Santo que prometió

*“no más servir a señor
que en gusanos se convierte.”*

Superior es para nosotros la enseñanza del autor aragonés, por su intrínseca bondad; y por ser pródicamente trascendental, hemos de recogerla todos, para que, así, florezca en individuales y generales beneficios.

* * *

“HOMBRE DE PLAVSIBLES NOTICIAS”

De fijo, uno de los más hermosos y sustanciosos capítulos de la obra. La delectación con que nuestro artista ha trabajado este capítulo, es otra prueba más que tenemos de su exquisita modernidad. Señala que los buenos conversadores de otras épocas tienen para muchos mayor atractivo que los actuales; pero esto, es solamente por aquello de que “cualquiera tiempo pasado fué mejor”, apotegma al que nosotros, *decididos hijos del Novecientos*, satisfechos de ello, no acabamos de asentir, *porque, agitada y todo, amamos nuestra época*.

Y ofrece además este precioso “razonamiento académico” (así reza el subtítulo) otra característica digna de mención: que constituye como una anticipada visión del Periodismo. Todo cuanto atribuye a los hombres de culta y atrayente charla, a estos “hombres apreciadores de todo sazonado dicho, y observadores de todo galante hecho—define Gracián—; noticiosos de todo lo corriente en Cortes, y en Campañas....., *Oráculos de la curiosidad*, y Maestros desta ciencia del buen gusto”, que son asimismo, como añade más abajo, los que van “observando las mayores acciones de los Príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza, y las monstruosidades de la fortuna” (1); los que van “registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos, y lo picante en sátiras”; los que conocen y hablan apropiadamente, y con inteligente penetración de los primates de su tiempo; los que aprecian como es debido “las sentencias de los prudentes, las malicias de los Críticos, etc., etc.”, todo esto, por su íntima sustancia y contenido, ¿no os parece que viene a constituir como un esquema, como un breviario, sucintamente eficaz, y así genuinamente pragmático, algo así como una compendiada y profética Didáctica del perfecto periodista? Pero del periodista moderno, del periodista de nuestros días. La Prensa, en sus dos formas, diaria y no diaria, tiene en este magno capítulo una apología y una preceptiva. ¿Qué mejor manera de reconocer a la Prensa, noblemente profesada, sus preeminencias y cívicas funciones, que ésta, tan hermosa y tan lacónica: “Más sirvió a veces esta ciencia vsual—notadlo, le llama ciencia, y escribe en el siglo XVII—, más

(1) Que es todo lo que vemos en las columnas de los perlódicos.

honró este arte de conversar—conversar y hacer periódicos, tanto monta: hacer un periódico es conversar con una ciudad, una región o una nación entera—, más honró este arte que todas juntas las liberales”. Ciencia la llama, y agrega “No excluye las demás graves ciencias; antes las supone por vasa [base] de su realce”. Y concebida con esta elevación la Prensa, ¿qué de extraño, señores, que en los países en que hay razonables y cuantiosos presupuestos de Instrucción pública, o pingüe asistencia económica de la gente adinerada—o *ambas cosas, ¡oh dulce suerte!*—qué extraño, digo, que haya una Facultad entera que se titule “Facultad de Periodismo”, toda ella integrada por estudios que formen buenos periodistas?

Y pasando a asunto diferente del mismo capítulo a los que han osado tildar a Gracián de epicúreo, bastará para sacarles de su gravísimo yerro, la lectura de este sustancioso trozo del más puro platonismo: “Ponen otros su felicidad en su vientre; *sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil*; de las potencias superiores, no se valen, ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendimiento. De aquí es, que muchos de los señores no llevan ventaja a los demás, sino en *los objetos de los sentidos, que es lo ínfimo de el vivir*, quando tan pobres de entendimiento, como ricos de *pobres bienes*”. Y acaba estos pensamientos, diciendo: “*No vive vida de hombres, sino el que sabe*”. Este lapidario aforismo merece figurar en una de nuestras aulas universitarias, o en la sala de lectura de nuestra Biblioteca, y es una sabia enseñanza y un llamamiento prudente a tantos como vegetan en la ociosidad, *que nunca vieron salir el sol, si no fué antes de ir a acostarse, pasada la noche en claro*, y pierden lastimosamente la mitad de su día, del cual tienen que dar estrecha cuenta a Dios y a la patria, sin pensar que privan a la sociedad de fuerzas que necesita, y que cien libros interesantes les aguardan en las Bibliotecas y en las varias Escuelas. Sin pensar, como dice Gracián, que “la noticiosa tradición es vn delicioso banquete de los entendimientos”.

No sigo con este texto, porque la hora implacablemente va corriendo y he de pasar a otros capítulos; pero lo dejo con harto sentimiento, encadenado como estoy a él, por el imponderable nervio que lo anima, testimonio fehaciente de que se fraguó en un alma enriquecida por la mejor doctrina.

LOS AMIGOS DE GRACIAN

Ninguna obra de Gracián como la de hoy para pasar revista a éstos. Todas o casi todas sus amistades, grandes y pequeñas, desfilan por estas páginas, con la excepción del amigo que ceñía corona.

Entre los Carrafa, Pablo de Parada, el capitán portugués, Morlanes, etc., se destacan empero, de los dos Lastanosas, D. Vincencio Juan y D. Juan Orencio, el primero de ellos, el cronista Dr. Andrés de Uztárroz y el canónigo Salinas. Mas con objeto de abreviar, voy a pasar por alto unas cuartillas que se refieren a Lastanosa el seglar, porque esta materia la trata en su interesante integridad mi querido amigo y compañero Sr. del Arco. Hablemos algo de otros amigos.

Fiel a su designio de dedicar los frutos más privilegiados de su ingenio feraz a los amigos mejores, entabla su sorprendente diálogo "El Buen Entendedor", con el que fué cronista de Aragón, designado en Cortes que tuvo el Rey Felipe IV en Zaragoza, en 1645 y 1646, y después del mismo Rey: *el Dr. D. Juan Francisco Andrés de Uztárroz*. Nació en Zaragoza en 1606, era hijo, como es sabido, de Micer D. Baltasar Andrés de Uztárroz, "hijo y ciudadano de Zaragoza" (dice el Padre de la Bibliografía aragonesa), Doctor en ambos Derechos, asesor del Zalmedina, Jurado en cap., etc., etc. Ya fué escritor su padre; pero el hijo escribió sobre una gran variedad de asuntos de Historia y Literatura, trayendo de él Latassa hasta 94 títulos. La familia del cronista Andrés es muy semejante a la de Gracián: abundan en ambas los religiosos: todos los hermanos del gran jesuíta lo fueron, y el excelente amigo tuvo por hermanos al que se llamó Fr. Gerónimo, monje benedictino en San Juan de la Peña, y a D. Félix, cartujo de Aula Dei, que por cierto escribió una obra, cuya orientación psicológica es bien aragonesa: "De la contemplación activa". (¿Véis la fraterna psicología de aragoneses y catalanes? Esa misma es la dirección espiritual de Raimundo Lulio, Eximènic, Sor Isabel de Villena, etcétera). Amigo siempre fiel a Gracián y a Lastanosa. Como un león trabajó para que saliese a luz lo que él alcanzó de la publicación de "El Criticón", pues falleció en Madrid en 1653, año en que se publicaba en Huesca la segunda parte, no alcanzando ya la impresión de la tercera, que fué en Madrid en 1657. Gracián le

alude en varios pasajes de sus obras, con verdadera justicia, por sus relevantes merecimientos, y en particular en la "Agudeza".

En este diálogo, *flor y nata de buenos diálogos*, platica Gracián con el autor de la obra "Aganipe de los Cisnes Aragoneses" sobre la Verdad y su recta intelección, y entre alardes de sutileza muy siglo XVII, discurren sobre el cómo les dicen la Verdad a los Príncipes, sobre el conocimiento propio y el de los demás, y propinan un vapuleo bastante regular a "*la inútil curiosidad*" que diputan por más nociva que el mismo ocio.

Recojamos de paso la alusión que aquí se hace a la "Zaragoza antigua" del cronista; y a los "Avisos al Varón atento" del filósofo belmontino, que entonces estaba componiéndolos. Otra referencia a esta obra hay en la sátira "No ser maravilla".

Este diálogo de "El Buen Entendedor" está compendiado en el "Oráculo" en la forma siguiente:

Buen entendedor. Arte era de artes saber discurrir, yà no basta, menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido, el que no fuere buen entendedor. Ay zahorís del corazón, y lince de las intenciones: las verdades que más nos importan vienen siempre á medio dezir, recíbanse del atento, á todo entender; en lo favorable, tirante la rienda à la credulidad, en lo odioso picarla. ("Oráculo"; Obras. Barcelona, Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748. Tomo 1.º, pág. 436.)

El diálogo "El hombre en su punto" pasa entre el Doctor don Manuel Salinas, y el Autor. Plantea éste el problema, siempre interesante, de la educación individual, arrancando de la misma Naturaleza. En los tres reinos de ésta, que investigan la Mineralogía o Geología, la Botánica y la Zoología, vemos que nada se da hecho en un principio, y lo mismo que en la Naturaleza sucede en el Arte. Y sentando la premisa de que lo que más vale, *aquello* es lo que más cuesta, lleva la cuestión al estudio de la formación individual del hombre, hasta que éste adquiere la "Sindéresis", que es para Gracián "la sazón del gusto". En este diálogo se halla el ingenioso símil del vino rancio para teorizar cómo se va haciendo un hombre discreto. Contesta el Canónigo al símil diciendo: "A esse modo, en el vaso frágil del cuerpo, se va perficionando de cada día el ànimo". Y después de las ideas sobre la crianza y educación de los Reyes, que deben cotejarse con "El político Don Fernando el Católico", abordan el tema de la amistad. ¿Queréis oír

cómo terminan este hermoso coloquio estos mismos filósofos, estos mismos amigos?

Gracián: “Aora digo, que no ay bastante aprecio para vn hombre en sv pvnto”.

Salinas: “Ay logro, yà que no aprecio, buscándole para amigo, grangeándole para consejero, obligándole para Patrón, y suplicándole para Maestro”.

¡Admirable doctrina y edificante modo de concebir la amistad! Pero, unos años más tarde, los amigos descienden a una discusión literaria, y cegados por el ardor de la polémica, la crítica no quiere por compañera a la Indulgencia, el juicio se aguza y se encona, y los filósofos se hieren como irreconciliables adversarios, si antes departían platónicamente.

¡Platónicamente! He aquí el rayo de luz: no obstante la lamentable anécdota, el valor educativo del diálogo “El hombre en sv pvnto” queda inmarcesiblemente en pie. Platónicamente!

¡Oh, Platón, rey avejentado de espiritualistas, a quien sólo Cristo Señor Nuestro pudo superar! La eficacia trascendente de ese diálogo, se yergue por ventura inexpugnablemente, *porque, sí, las verdaderas realidades son las ideas*—bien decías, Platón; pero ahora más, y para siempre, que por unir eternamente al hombre con la Idea Divina, ha derramado Jesús su sangre preciosísima.—*Ahora más las verdaderas realidades son las ideas*, y las cosas del mundo sensible las sombras, nada más que las sombras!...

Repasando las hojas de este libro singular, nos deleitaríamos repetidamente. El artista de la palabra, va ganando siempre, aventajándose a sí mismo.

Pudiera leeros el “Cuento de las Esmeraldas del Indiano” que figura en el Realce “No ser maravilla”, o bien el “Elogio de la Grecia antigua” que trae el capítulo o Realce “De la Cvltvra, y Aliño.—Ficción heroica”; pero es preferible lo leáis vosotros cómo y cuando os plazca, en el silencio de vuestro cuarto de estudio. Y una vez leído esto, ¿no será más discreto recogeros en vosotros mismos, y meditar?

No tengo derecho a hipotecar por más tiempo vuestra cortés atención, y voy a terminar mi disertación enseguida. Pero yo no

podría perdonarme jamás el haberos privado de las bellezas de los tres últimos capítulos, de los cuales voy a intentar daros una idea lo más exacta posible. Son estos tres admirables y postreros capítulos el “Arte para ser dichoso” (fábula), la “Corona de la discreción” (panegiri) [ya sabéis el significado de esta palabra: panegiri, panegírico, panegirizar], y por fin, la “Cvlta repartición de la vida de vn discreto”. Toda la doctrina desarrollada en los capítulos anteriores, todos los Realces, todas las valiosas prendas que hacen de ésta una de las obras más interesantes para *la educación de nuestra juventud*, se van alineando en estos tres capítulos, conspirando a un fin: *la Felicidad*. (Porque la Discreción, como todo sistema de actos humanos que requieren un continuado esfuerzo, ha de tener determinada finalidad, y esto es en verdad para ser feliz).

Si la Verdad, en la “Corona de la Discreción”, acude al Tribunal en que ha de resolverse cuál sea la más alta cualidad moral, para acordar el sublime lauro a la Entereza (a la que el mismo insigne jesuíta aragonés apellida en el Realce titulado “Hombre jvicioso, y notante”, *la substancial Entereza*)....

Si en el capítulo “Cvlta repartición de la vida de vn discreto” establece las etapas de la vida del hombre bajo el patrón real de las estaciones del año (primer dibujo del plan de “El Criticón”), y enseña la vida de aquel caballero avisado y cauto que la dividió en tres partes, invirtiendo:

—“La primera, en hablar con los muertos” (lectura de los libros capitales del Intelecto humano).

—“La segunda, con los vivos”. (Viajes).

—Y “La tercera, consigo mismo”. (Meditación de lo leído y visto, y contemplación de la Vida y de la Muerte: arribada del Hombre Discreto a “*saber filosofar*” para prepararse debidamente a *bien morir*). Pero oíd este capítulo:

CULTA REPARTICION DE LA VIDA DE UN DISCRETO

“Mide su vida el Sabio, como el que ha de vivir poco, y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones: pues què, si han de pasar en compañía de Heráclito? La misma Naturaleza atenta, proporcionó el vivir del hombre, con el caminar del Sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél, con las cuatro edades de ésta.

Comienza la Primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles.

Síguese el Estío caluroso, y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra después el deseado Otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el Invierno helado de la vejez; cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la Naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el Arte, intenta repartir la moral vida, ingeniosamente vária. En una palabra la dijo Pitágoras, y aun menos, pues en una sola letra, y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal, y del bien. A este arriesgado vivió, dicen, que llegó Alcides al amanecer; que la razón es Aurora, y aquí fué su común perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con afición el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado: espacioso éste y fácil, tan a cuesta abajo, cuan trillado. Paró aquí, reparando, cuan superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro: el Falcón, que se convirtió en Cisne.

Diéronle al hombre treinta años suyos, para gozarse, y gozar; veinte después prestados del juramento, para trabajar; otros tantos del perro para ladrar; y veinte últimos de la mona para cadducar: excelentísima ficción de la verdad.

Mas ahorrando de erudita prolijidad, célebre gusto fué el de aquel varón galante, que repartió la Comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda, con los vivos. La tercera, consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo, que el primer tercio de su vida destinó a los libros, leyó, que fué más fruición, que ocupación; que si tanto es uno más hombre, cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender: devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu; gran felicidad, topar con los selectos en cada materia: aprendió todas las Artes, dignas de un noble Ingenio, á distinción de aquéllas que son para esclavas del trabajo.

Prevínose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognición de lenguas: las dos universales, Latina y Española, que hoy son las llaves del mundo; y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno, que se eterniza en ellas.

Entregóse luego á aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento, é hija de la Experiencia, la plausible Historia, la que más deleita, y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros platiquen lo contrario. No perdonó á las propias ni a las extranjeras, sagradas y profanas, con elección y estimación de los autores, con distinción de los tiempos, eras, centurias y siglos, comprehensión grande de las Monarquías, Repúblicas, Imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas: el número, órden y calidades de sus príncipes, sus hechos en paz y en guerra; y esto con tan feliz memoria, que parecía un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la Poesía, no tanto para usarla cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia; con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos Poetas, adelantando mucho el Ingenio con sus dichos, y el juicio con sus sentencias: y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio, y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos á la memoria, y más al entendimiento. Con la Poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las Buenas Letras, atesorando una relevante erudición.

Pasó a la Filosofía, y comenzando por lo natural alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las yerbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de la moral, pasto de muy hombres, para dar vida á la prudencia, y estudióla en los Sabios y Filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platón, como divino, de los siete de la Fama, de Epicteto, y de Plutarco; no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con misterio la Cosmografía, la material, la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las Provincias y Naciones, los Reinos y Repúblicas: ya para saberlo, ya para

hablarlo, y no ser de aquéllos tan vulgares, ó por ignorantes, ó por dejados, que jamás supieron dónde tenían los piés. De la Astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes Orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus Astros, y Planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su plática estudiosidad con una continua, grave lición (sic) de la Sagrada Escritura, la más provechosa, vária y agradable al buen gusto; y al exemplo de aquel Fénix de Reyes Don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo á cabo la Biblia catorce veces con comento, en medio de tantos, y tan heróicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la Filosofía moral le hizo prudente; la natural, sabio; la Historia, avisado; la Poesía, ingenioso; la Retórica, elocuente; la Humanidad, discreto; la Cosmografía, noticioso; la Sagrada Lición, pío; y todo él en todo género de buenas letras consumado, que pudiera competir con el Excelentísimo Señor Don Sebastián de Mendoza, Conde de Coruña. Este fué el grande, y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gusto peregrino: segunda felicidad para un hombre de curiosidad, y buena nota. Buscó, y gozó de todo lo bueno, y lo mejor del mundo, que quien no vé las cosas, no goza enteramente de ellas: và mucho de lo visto, á lo imaginado: más gusta de los objetos el que los vé una vez, que el que muchas, porque, aquella se goza, y las demás enfadan; consérvase en aquellas primicias el gusto, sin que las roce la continuidad: el primer día es una cosa para el gusto de su dueño, todos los demás, para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente, cuando el que registra atiende, y sabe reparar, examinándolo todo, ó con admiración, ó con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas Provincias: la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia, y todo junto en Italia; admiró sus más célebres Emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno: lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus Escuelas, y lo culto de su trato.

Frecuentó las cortes de los mayores Príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la Naturaleza, y del Arte, en

pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprensión, notando, censurando, cotejando y dando á cada cosa su merecido precio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma, vá á parar a la aduana del entendimiento; allí se registra todo. El, pondera, juzga, discurre, infiere y vá sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas, averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación, que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, réalzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior.

Hácese muy diferente concepto de las cosas; y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexión sobre las cosas; porque, lo que de primera instancia se pasó de vuelo, después se alcanza a la revista.

Hace noticioso el ver; pero el contemplar, hace Sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos Filósofos, discurrendo primero con los piés, y con la vista, para después [hacer lo mismo] (1) con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, ó la miel del gustoso provecho, ó la cera para la luz del desengaño.

La misma Filosofía no es otro (2) que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces ántes, para acertar á hacer bien una sola después.”

Pues bien: si ha acumulado con admirable paciencia el gran filósofo, lección tras lección, tantos elementos, en una progresión moral siempre ascendente, *ES POR LA FELICIDAD. PERO NO POR UNA FELICIDAD TEMPORAL Y SENSIBLE*, literalmente terrena, *NO*; por algo más digno de nuestra enalte-

(1) Adición del conferenciante en su lectura.

(2) «No es otro», no es otra cosa.....

cida naturaleza de hombres (digámoslo aquí, convencidos, a la luz de la Ciencia y del Arte, digámoslo y *digámosnoslo* con fruición indescriptible) por algo más, Señor, por algo más: *POR UNA FELICIDAD QUE YA NO TENDRÁ FIN*. Tal es la clave de esta Fábula escultural que el autor de “El Discreto” bautizó así: ARTE PARA SER DICHOSO. Todo el capítulo es una apología de la Prudencia, y la Prudencia es—¿quién lo ignora?—la primera de las cuatro Virtudes cardinales *del libro de libros*: el Catecismo. En el “Oráculo manual y arte de prudencia” se resume esta tesis así:

“Arte para ser dichoso. Reglas ay de ventura, que no todo es acaso para el sabio; puede ser ayudada de la industria. Conténtanse algunos con ponerse de buen ayre à las puertas de la fortuna, y esperan à que ella obre: mejor otros pasan adelante, y válese de la cuerda audacia [esto es lo mismo que “la audacia discreta” del capítulo “Del Señor en el dezir, y en el hazer” que EN LAS ALAS DE SU VIRTUD [la virtud es aquí lo esencial] Y VALOR, puede dar alcance a la dicha, y lisonjearla eficazmente. Pero bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud, y atención; porque, no ay más dicha, ni más desdicha, que prudencia, o imprudencia [el mismo final de la fábula]”. (“El Oráculo”; Obras: Barcelona, Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748. Tomo 1.º, pág. 435).

En consecuencia:

Otra vez, como muchas, se reafirma su espiritualismo cristiano (no nos cansemos de decirlo frente a tanto materialismo como nos circunda y acosa), avvicinando la Fortuna y la Ventura, en la casa (“*muy cerrada*”, *califica el autor*) que habitó la *Virtud*, sin que pueda impedirlo aun la presencia de Júpiter Olímpico en el capítulo que he tenido el gusto de indicaros.

COROLARIO

Cultivado espíritu de Gracián, que en un alarde de Buen Gusto analizaste una por una las ricas preseas que forman el tesoro del Hombre Discreto, para vivir cuerdo y merecer vida más alta: ponderado entendimiento de hombre que digirió cuanto leyó, y luego tan pródigamente lo llevó, y sigue llevándolo, al entendimiento de sus hermanos (*que también es obra de misericor-*

dia enseñar al que no sabe): en estas páginas escuetas y limpias, se aprende un mucho el arte de vivir, y hasta un poco el acercarse al dintel de la Puerta que conduce al Más Allá: nosotros, como humildes discípulos, renovamos para tí nuestros sinceros aplausos, y querríamos que otros muchos discípulos, de otras regiones, de otros países, *de toda la tierra*, viniesen a participar de tus pródicos enseñanzas. Duerme en paz, el maestro, que Aragón sabrá reconocer sus riquezas, y les construirá arcos de pór-fido, y las preservará del olvido, sin ocultarlas avaro. Duerme en paz, Baltasar Gracián, que quedamos en vela en la callada noche de nuestro Renacimiento, montando la guardia de honor, hasta que vengan a relevarnos los que aún te desconocen.....

Por hoy, he terminado.

